

Carlos Montemayor: VOZ que es carmen, que es canto

Antonio Bravo



Fotografía: Susana de la Garza

HEREDEROS DE SAFO, TERPANDRO DE LESBOS Y ORFEO, los versos y los grandes páramos narrativos —entre paraísos y desiertos— de Carlos Montemayor emanan de un concepto integral, multidisciplinario, como sucedía en el teatro griego antiguo, en el que música, poesía y danza eran una y la misma cosa: pies métricos de tensión y distensión; yambos, troqueos o anapestos, un ir y venir de música a través del imaginario universo del escritor parralense.

Quizá por ello, en su infancia, Montemayor depositó —luego de aquellas contundentes palabras de su padre: “el piano es un instrumento para mujeres”— su querencia musical —“mi primera pasión artística”, decía— en la guitarra. Y su memoria se activaba vívidamente, iluminándole los ojos que parecían traspasar sus espejuelos, al hablar de su maestro Rito Jurado:

Estudié guitarra con el mejor profesor del estado que se llamaba Rito Jurado. Un hombrón altísimo, fuerte, robusto, con unas manazas impresionantes. Y me dio clases, primero, en el local de la CROC, y dos sesiones después me dijo “aquí hace mucho ruido, Carlitos, mañana lo espero mejor en la Cuatro Rosas”. Era una cantina que estaba cerca de la secundaria. Desde entonces tomé clases diarias de una hora o más, exceptuando los domingos, y estudié por nota. Me enseñó todo lo que pudo ese hombre, y gracias a él conocí todas las cantinas de Parral, porque me citaba en la que él consideraba más próxima o por la que sentía en ese momento más apego. Entonces recorrí el Manhattan, el Iberia, el Cuatro vientos, eran lugares muy bonitos, las cantinas olían a jabón, a aserrín, me daban coca colas y botanas. Todos me conocían, me querían mucho, y una que otra vez, un borrachito, cuando se retrasaba mi maestro, me pedía que yo le interpretara alguna pieza, y una vez finalizada, me pagaba dos o tres pesos.

Francisco Tárrega, Gaspar Sanz y Fernando Sor fueron nombres recurrentes que encabezaban las partituras descifradas de manera cotidiana por el infante Carlos Montemayor, quien fue creciendo en técnica y edad, pero también en lecturas. Y así, sin manera de eludirlo, sin querer evitarlo, llegó el rock a su vida. Todavía muchos de sus contemporáneos recuerdan aquel grupo, *Los Golden Boys*, “el mejor de todo el sur de Chihuahua”, comentaba orgulloso. Experiencia tan efímera como la duración de las canciones que interpretaban, cuando su padre le prohibió tajantemente seguir en la agrupación que, además, se había hecho aún más popular por sus actuaciones en la “zona roja” de su tierra. La guitarra eléctrica guardó silencio, no así la clásica. Tampoco la literatura, que se tornó tan íntima que sus autores más caros habitaron su vida en sus lenguas originales: Homero, Virgilio, Dante; también estudios de griego y latín, acentos, rítmicas y métricas que no abandonaría nunca, voz que es carmen, que es canto.

Fascinado por la ópera, el lied, la zarzuela, la canción mexicana, el autor de *Abril y otros poemas*, con el mismo compromiso y fruición que mostró al estudiar lenguas mayenses, náhuatl, italiano y más, se consagró al estudio de la técnica vocal

con su paisano, el barítono Roberto Bañuelas, con quien establecería una estrecha relación de amistad cobijada por la música. Inés Rivadeneira, en España, así como el compositor Francisco Núñez, su compadre, en México, fueron otras guías líricas de Montemayor en su afán por cantar “como lo había soñado”.

Fue en abril de 1999 cuando conocí a Carlos Montemayor, aquel escritor que me había cautivado con *Guerra en el paraíso* y *Minas del retorno*. Seguramente el periodista y narrador Héctor Anaya nunca imaginó la profunda amistad que provocaría al ponernos en contacto para interpretar algunas canciones en su programa “Abrapalabra”, que conducía desde la xew de Tlalpan 3000. Sabedor de las dotes canoras del poeta, Anaya lo invitó para dedicarle las dos horas de la emisión a su vida y obra, a las que se agregaría la voz cantante del políglota. “Si consigues a un pianista dispuesto para este sábado (era miércoles) yo con todo gusto canto en tu programa”. A este encuentro le siguieron las llamadas entre Montemayor y yo con el fin de diseñar un posible repertorio. Ya el sábado, dos horas antes del programa nos reunimos en su casa para un ensayo general. Lo esperé en la sala —que sería nuestro estudio por casi 11 años— hasta que el sonido de unos pasos firmes descendiendo por las escaleras me hicieron levantarme del sillón para saludarlo. Su primera frase —en norteña tonalidad— fue “maestro Bravo, yo lo hacía más grande, es usted muy joven” (ya lo dije, eso fue en el 99 del siglo pasado), “espero que mis manos no lo sean tanto para acompañarlo como usted se merece” —le contesté sarcásticamente—. Impaciente por despachar el asunto sabatino aquel, me enfilé hacia el instrumento, dispuesto a desplegar las partituras sobre el atril. Una vez más la voz firme del cantante-anfitrión resonó para proponer, antes de entrar en materia musical, un brindis con la bebida que se convertiría en la tercera voz, la coral compañera escocesa, agua de vida, debida en estos menesterosos caminos del arte. Con tantos aliados de nuestro lado: poesía, música, piano histórico, rodeados de libros y obras de arte, el ensayo y postrera presentación en la emisora fluyó sin contratiempos,

tanto así que el tenor propuso continuar con los ensayos de manera sistemática.

No sólo de vocalización vive un cantante. Para el escritor atenorado, el estudio de una partitura era, como bien consignaba Gustav Mahler, aquello que los pentagramas ocultan tras los signos de puntos, plicas y corchetes. Montemayor sometía cada obra al escrupuloso análisis de celoso relojero, la maquinaria artística como la suma de todos los engranes. Así, bajo estos cánones, cada miércoles y no pocos domingos emprendíamos un exhaustivo estudio-taller de las piezas que constituirían nuestro repertorio. El tiempo para la música era un tiempo sagrado. Si la fiel Lucy, secretaria durante 20 años del maestro polígrafo, le anunciaba durante nuestros ensayos alguna llamada, anteponiendo el “urgente” o “importante”, se molestaba y, perdón por la infidencia, muchas veces resolvía hacerse el desaparecido para los del otro lado de la línea telefónica. Y la sesión continuaba hasta que el timbre de la casa nos anunciaba la llegada de su gran amigo, poeta y obrero de las letras, Alí Chumacero, quien acudía a la cita semanal con el parralense para beber y comer entre anécdotas interminables.

Poliédrico ser, Montemayor concebía para sí que la amistad genera obras que trascienden las propias expectativas de sus cultivadores. La diferencia de edades empató dos mundos que se combinaron para generar, además de recitales “aquí, allá y en todas partes”, cinco álbumes, tres de ellos bajo el atento oído y producción de Jesús Francisco Conde. Pocos días antes de su partida, acaecida en la madrugada del 28 de febrero de 2010, Montemayor pudo ver y oír, ya editados por nuestra casa Pentagrama del entrañable amigo Modesto López, nuestros dos últimos álbumes que ostentan los títulos *Zarzuela* y *cantos de España*, así como *Concierto Mexicano*. Pero además dejó grabados *lieders*, canciones mexicanas, españolas, arias de ópera y napolitanas. En fin, su voz cantante no calla, como no lo harán las otras: las poéticas, las narrativas, las griegas, latinas e indígenas, esas que hicieron a Carlos Montemayor el Cantor de Parral. ■